

Ciudades mesoamericanas y acrópolis artificiales* /

Paul Gendrop / Alejandro Villalobos

† Paul Gendrop. Fue profesor e investigador de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, UNAM.

Alejandro Villalobos. Doctor en arquitectura. Jefe de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, UNAM.

Durante el verano de 1987, la Facultad de Arquitectura y la comunidad universitaria toda sufrió una pérdida irreparable; Paul Gendrop dejaba de estar físicamente entre nosotros y, con su partida, un gran vacío quedaba entre sus familiares, colaboradores, colegas y amigos. La inclusión de este artículo en el primer número de *Bitácora* tiene un doble propósito, primeramente, rendir un modesto tributo a quien dedicara más de treinta y cinco años de su vida a la docencia, investigación y difusión del conocimiento sobre nuestro pasado indígena. En segundo lugar, dar a conocer un documento cuya publicación fuese posterior a la desaparición de Paul Gendrop y originalmente escrito en francés. Muchas generaciones de arqueólogos, arquitectos e historiadores, así como una interminable lista de amigos, abrevamos en la fuente inagotable de conocimiento, calidez y ejemplar generosidad que solamente un luminoso espíritu como el de nuestro amigo Paul pudo hacer llegar a todos nosotros, aun en la adversidad. Hoy como entonces, muy sentida es su ausencia.

Planta de modelo volumétrico del núcleo urbano de Uxmal; según Alfonso Valenzuela.

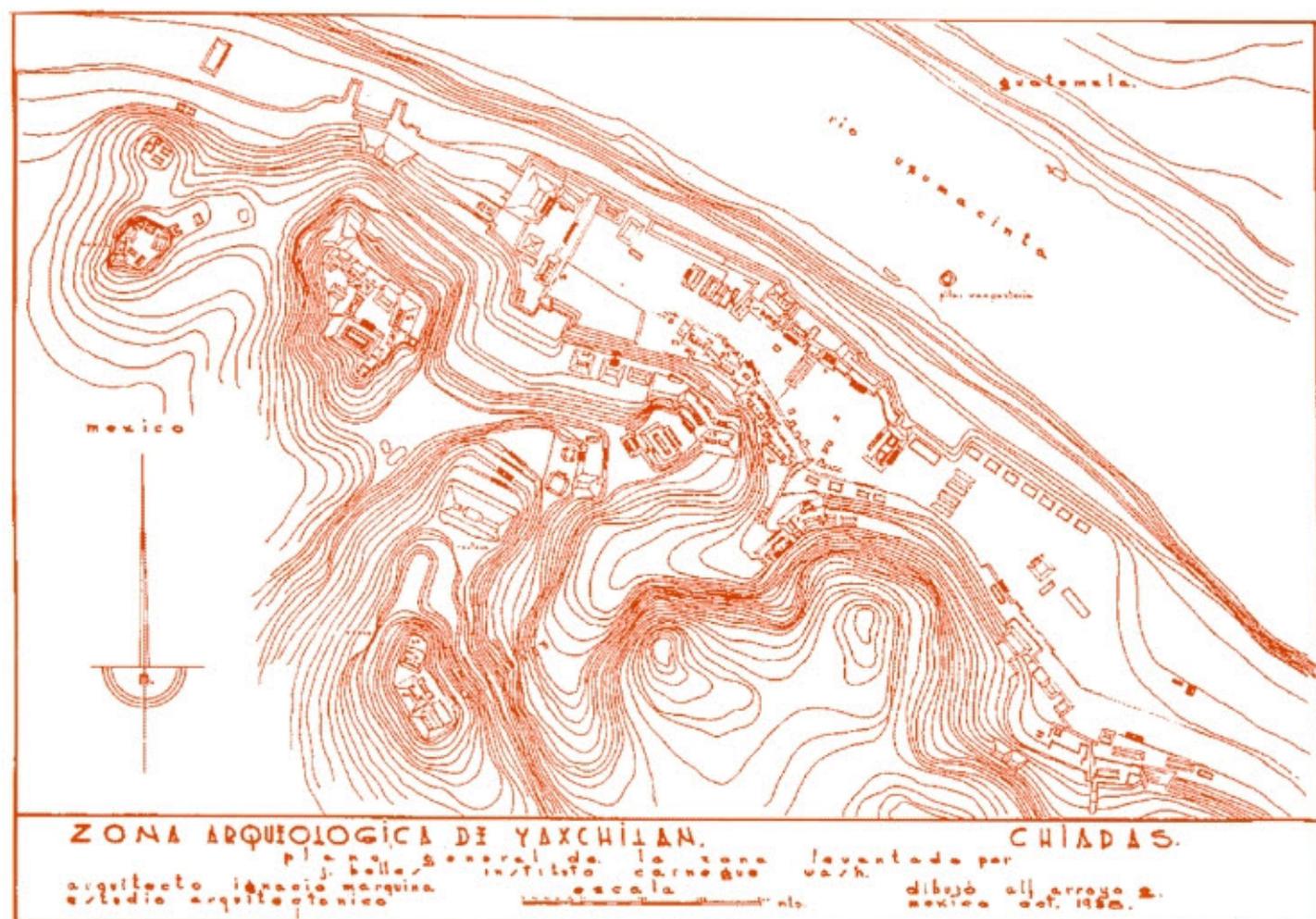


Cuando uno se refiere al México Antiguo, o con mayor exactitud a la Mesoamérica Precolombina, se experimenta generalmente una cierta resistencia a aplicar el término de “ciudades” a esos gigantescos conjuntos de ruinas abandonadas por sus pueblos. Con toda certeza, uno se complace, en el mejor de los casos, en hablar de centros ceremoniales. Si bien es cierto, en este fenómeno mesoamericano pondera en general el aspecto religioso y sus estructuras revelan el modo de vida, muy distante de aquél del mundo occidental; no obstante, parece difícil negar que contribuyen a hacer de conjuntos semejantes, un caso único y bastante particular.

Nacimiento de gigantescas acrópolis del área maya

Plano topográfico de Yaxchilán, Chiapas; según Ignacio Marquina.

De primera impresión, pareciera que el embrión de estas ciudades se forma esencialmente alrededor de un eje donde domina el cerro, que puede ser un





Las manifestaciones cívicas y religiosas, así como la mayor parte de las actividades del pueblo se efectuaban al aire libre; una de las principales constantes urbanas era precisamente ese ingenioso encanto de los inmensos espacios públicos abiertos.

Plano urbano de patrón de asentamiento de Tikal, Guatemala; según Michael D. Coe.

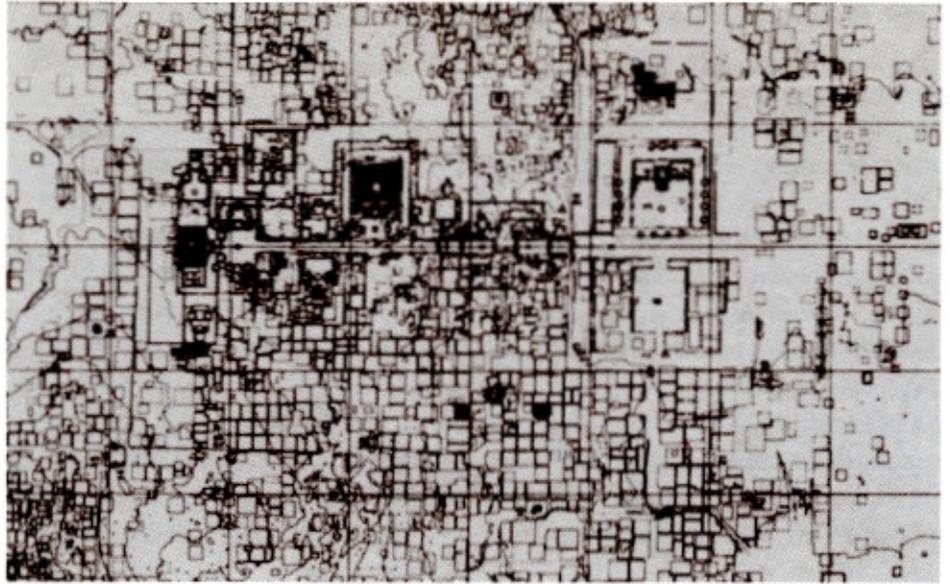
altar o una futura pirámide. Nada tan elocuente en ese sentido, que los diez u once siglos de terraplenes y de reestructuraciones ininterrumpidas, hacen de una modesta plataforma ceremonial de Tikal, una gigantesca acrópolis artificial. Y si se echa un vistazo a los 16 km² de la parte central de Tikal, hacia el año 800 de nuestra era, se aprecia que durante ese milenio de intensa actividad, la selva tropical ha sido completamente reemplazada por los voluminosos conjuntos arquitectónicos dulcemente enlazados entre sí por vastas explanadas, plazas y calzadas.

A pesar de una traza urbana muy suave, orgánica y adaptada a un terreno irregular y por lugares pantanosos, conjuntos similares se han convertido en lugares de espera, adonde acuden los habitantes. A medida que uno se aleja del centro de la ciudad, podrá percibir que se encuentra capturado por una excepcional concentración de plataformas que sirven de cimentación de varios templos o palacios.

Amenazada por un tiempo, la selva tropical se ha aclarado, convirtiéndose en el telón de fondo, lista a volver a reclamar sus derechos al más mínimo debilitamiento de la estructura social de sus ocupantes. Mientras se mantenga ese delicado equilibrio, los grandes espacios abiertos seguirán atrayendo regularmente a multitudes que asisten a los actos cívicos, ceremonias, bailes, procesiones o rituales, a intercambiar los productos en la plaza del mercado o a arreglar algún asunto público o privado. Estos eran, en efecto, los principales atractivos y la razón de ser de estas grandes concentraciones urbanas mesoamericanas. Las manifestaciones cívicas y religiosas, así como la mayor parte de las actividades del grupo, se efectuaban al aire libre; una de las principales constantes urbanas era precisamente ese ingenioso encanto de los inmensos espacios públicos abiertos.

Adaptada a este tipo de terreno difícil, la traza urbana —lo hemos visto en Tikal— ofrece de primera impresión un aspecto anárquico de irregularidad. Sin embargo, nada más orgánico, como lo remarca Hardoy, que los grandes ejes de composición, que aunque aparentemente caprichosos, descansan siempre en un sitio importante: templos, grupos ceremoniales u otros. Este

El trazo urbano de los
centros ceremoniales
mesoamericanos
oscila entre la
aparente libertad y el
rigor geométrico.



principio, que es particularmente visible en Tikal o en otras ciudades mayas, como Yaxchilán o Uxmal, es, por otra parte, aplicable al conjunto de Mesoamérica, o según las condiciones topográficas, ecológicas, las necesidades estratégicas o simplemente la voluntad de sus generadores, el trazo urbano oscila entre la aparente libertad y el rigor geométrico.

Orientación de las ciudades, según los puntos cardinales

Ya las primeras aglomeraciones olmecas del año 1 000 antes de nuestra era (como San Lorenzo y La Venta) muestran una tendencia a orientar los principales volúmenes arquitectónicos, considerando los puntos cardinales, afirmando, posiblemente desde esa época, la vocación de vincular la astronomía con el diseño de los pueblos mesoamericanos. Esta tendencia, en la mayoría de los casos, será subyacente (es el caso de los conjuntos gemelos de Tikal, o en los conjuntos de este género como el Grupo E de Uaxactún).

Pero, salvo una traza urbana de rigor extremo como la de Teotihuacán en la Ciudad de los Dioses, domina una trama muy suave, en grados diversos. Por su parte, en Yaxchilán, las construcciones se despliegan paralelas a la ribera suroccidental del Usumacinta, como si colgaran de las principales colinas adyacentes; aquí la ortogonalidad está prácticamente cediendo el lugar a sutiles relaciones visuales de un edificio a otro. Es curioso remarcar en este punto la importancia que, en esta geometría, presentan los dos espacios destinados al juego de pelota, así como el extraño pilar que emerge del río, no lejos de la ribera como lo ha hecho notar Hartung.

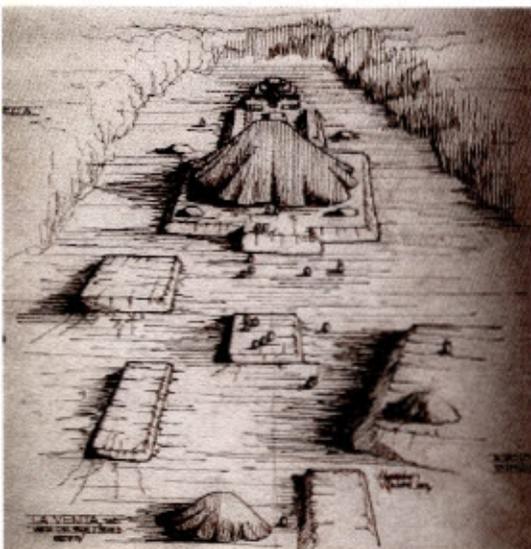
En Uxmal, donde un terreno relativamente plano (más rugoso) permite cierta regularidad —esto último acentuado por fachadas muy alargadas y por la disposición en cuadrilátero de varios conjuntos arquitectónicos— las relaciones se establecen entre el equilibrio de la fachada y un relieve, o bien entre un ventanal y otro.

Al oeste del área maya, en la región del Golfo de México, el Tajín muestra a su lado un trazo que presenta a través de los 12 o 15 estadios de su evolución (300 a.C.—1 200 d.C.) una adaptación muy suave en las principales irregularidades del terreno.

El eje inicial (esencialmente norte-sur) de la ciudad baja se dirige hacia la base de la gran explanada del Tajín Chico —como si descansara contra ella— con una desviación de 8° hacia el noroeste con el desarrollo urbano, casi por completo dirigido hacia el este.

Monte Albán, por su parte, modifica de manera radical la cumbre de una montaña que se ubica a 300 mts. sobre el valle de Oaxaca, presenta —además de sus 2 200 terrazas artificiales escalonadas en su costado— el extraordinario equilibrio de su gran plaza... “Gran logro de asimétrica armonía” exclamó el historiador Pedro Flores Guerrero mirando ese maravilloso conjunto, del cual la edificación empieza aproximadamente en el 700 a.C. para llegar a su aspecto definitivo entre el 500 y 750 de la era cristiana.

Perspectiva desde el sur del núcleo urbano de
La Venta, Tabasco; según Alejandro Villalobos.



Asentamientos urbanos sorprendentes para su época

Teotihuacán domina el panorama mesoamericano durante varios siglos; presenta un caso sobresaliente de asentamiento urbano: los cálculos de población oscilan entre 85 000 y 225 000 habitantes —cifras considerables para su época— y su trazo urbano, también inesperado en el contexto del México Antiguo, obedece a un esquema que sorprende por su ortogonalidad.

Uno de los más majestuosos y probablemente el más bello de los conjuntos arquitectónicos mesoamericanos, la arquitectura de esta Gran Plaza logra fundir en una particular armonía edificios de época, género y orientaciones diferentes. Entre los elementos que contribuyen a hacer un todo tenemos, un notable sentido del volumen y la proporción, que se traduce, por ejemplo, en centenares de tramos de escaleras, el uso de una variedad del “tablero” concebido para dar valor a los principales conjuntos de edificios.

Dentro de los grandes ejes de esta metrópolis, trazados desde los primeros siglos de nuestra era, existen dos arterias principales (la Calzada de los Muertos, que sale de la Plaza de la Luna hasta el extremo sur del valle, y las avenidas este y oeste en prolongación una de otra) que al unirse dan como resultado, al este de la Calzada de los Muertos, la Ciudadela, y al oeste el Mercado. Estos, probablemente, combinan la esencia de las funciones políticas y comerciales, no sólo de la ciudad, sino también de un “Imperio” con un carácter, sin duda, más espiritual que temporal.

Podemos imaginarnos las procesiones y ceremonias donde participaban multitudes de peregrinos provenientes de todas las regiones de Mesoamérica: la escala monumental de estas grandes arterias, de estas plazas, el nombre mismo de los conjuntos arquitectónicos con vocación cívico-ceremonial, la sucesión rítmica de estas majestuosas pirámides formadas de graderías donde reina la impecable y rigurosa silueta de los tableros, constituyen un fondo digno de esta Ciudad de los Dioses.

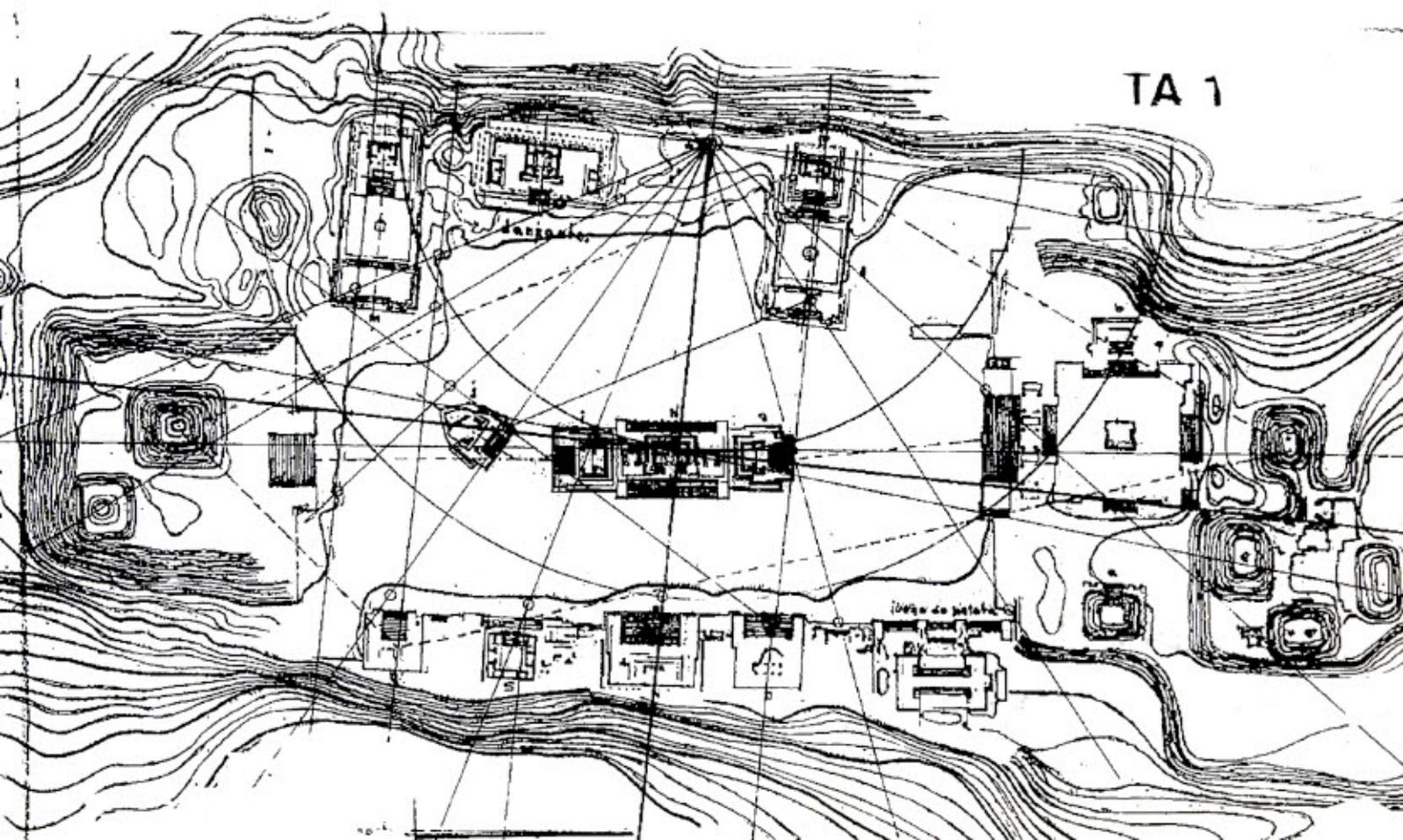
Y detrás de este gigantesco conjunto ceremonial, toda una red de calles y callejones en una retícula irregular aunque trazada a los ángulos rectos.

Los cursos de agua, que como el Río San Juan, atraviesan la ciudad, se desvían para que puedan adentrarse al conjunto, y no satisfechos de establecer, en la mejor tradición mesoamericana, asombrosas relaciones visuales entre los principales edificios, los teotihuacanos hacen partícipes incluso a las montañas que delimitan el horizonte, es decir, la parte visible de esta porción del universo.



Planta de modelo volumétrico de El Tajín, Veracruz; según Alejandro Villalobos.

Aproximaciones al trazo urbano de Monte Albán, Oaxaca; según Alejandro Villalobos. Redibujado de Ignacio Marquina.



Parcelas, trabajos hidráulicos, espacios públicos, fundamentos de la permanencia de la vida.

Magistralmente adaptada a un medio lacustre, la capital México–Tenochtitlán utilizará ciertas características desarrolladas en Teotihuacán bastantes siglos atrás.

Tomando como punto de partida unos dos siglos antes de la conquista española, donde delgados islotes emergían del Lago de Texcoco, los mexicas supieron hacer de esta ciudad, a medida que sus dominios crecían, la capital de este nuevo imperio, ahora con un nuevo sentido mucho más belicoso. En efecto, en un lapso de menos de un siglo, Tenochtitlán configuró el aspecto que conoció Cortés: abastecido de acueductos y conectado a la tierra por largas calzadas, lleno de puentes levadizos, avenidas, chinampas y parcelas sobre el lago y bordeadas de una doble red de calles y canales.

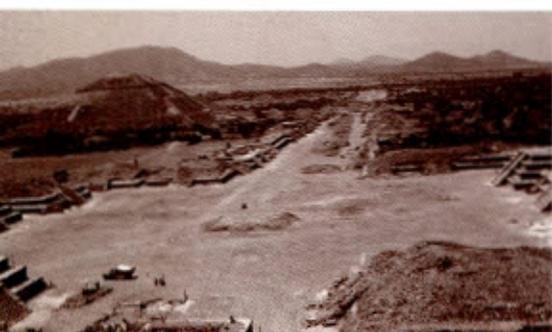
Para poder penetrar mejor en el espíritu del urbanismo mexica, conviene remontarnos a los fundamentos de la mente cosmológica de este pueblo.

En la mitología azteca, el universo se divide en cuatro espacios orientados (cada uno presidido por una divinidad tutelar de cierta jerarquía) encerrados en un quinto espacio central donde se encuentran los dioses, la morada de los humanos.

Este principio no es únicamente la base de la teología azteca, sino que se realiza en una plaza urbana cuadrangular con un recinto sagrado en el centro, núcleo y eje de la capital mexica, así como una división del espacio periférico en cuatro distritos (o barrios); los diversos patronos coinciden con cada uno de los puntos cardinales.

En cuanto a la distribución urbana, dominan tres consideraciones esenciales: las limitantes de la superficie, debido a su condición de isla, los trabajos públicos y el espacio central destinado al recinto sagrado.

El primer problema se resuelve dentro de un sistema planificado de crecimiento territorial, establecido por el Tlatocalli o Casa Principal de un barrio. Esto observa la disposición de las chinampas, regulando el empleo de ellas en cuanto a parcelas autosuficientes en dimensiones constantes e



Vista de la Calzada de los Muertos en Teotihuacán, México, hacia 1962.

Foto: Acervo Ignacio Marquina; DEP FA UNAM

Pirámide del Sol de Teotihuacán, México.

Foto: Alejandro Villalobos



invariables, determinadas por el uso y que, dicho sea de paso, permanecerán durante la presencia española.

Los trabajos públicos eran considerados dentro de los elementos primordiales para asegurar la permanencia de la ciudad, así como en nuestros días los trabajos de conservación permiten el buen funcionamiento de toda planeación.

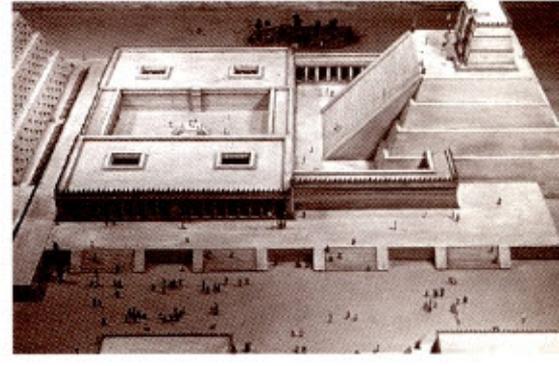
En el caso de los mexicas, estos trabajos comprendían dos aspectos principales: los trabajos hidráulicos y los espacios públicos. Entre los primeros figuraban los acueductos que transportaban el agua potable de Chapultepec a la capital, los muelles, desagües de irrigación, canales navegables, puentes de vigas, así como el dique de casi 25 km. de largo, que separaba las aguas dulces de México de las aguas saladas de Texcoco.

La ciudad española ocupa los escombros de la ciudad mexicana

Finalmente, los espacios públicos se componían de un encadenamiento de comunicaciones terrestres y plazas donde podían efectuarse las actividades colectivas de carácter comercial, cívico o religioso, en el cual el recinto sagrado era tanto el núcleo como el punto de partida de la plaza urbana y del esquema radial.

Manifestación de un poder central de tendencias netamente imperialistas se refleja en el rol del pueblo mexicana como elegido de Huitzilopochtli, la deidad tribal elevada al rango de Dios del Sol y de la Guerra. Es por esto que, aún después de la conquista española, este recinto sagrado, delimitado por el Coatepantli o Muralla de las serpientes, era objeto de mejoras incesantes.

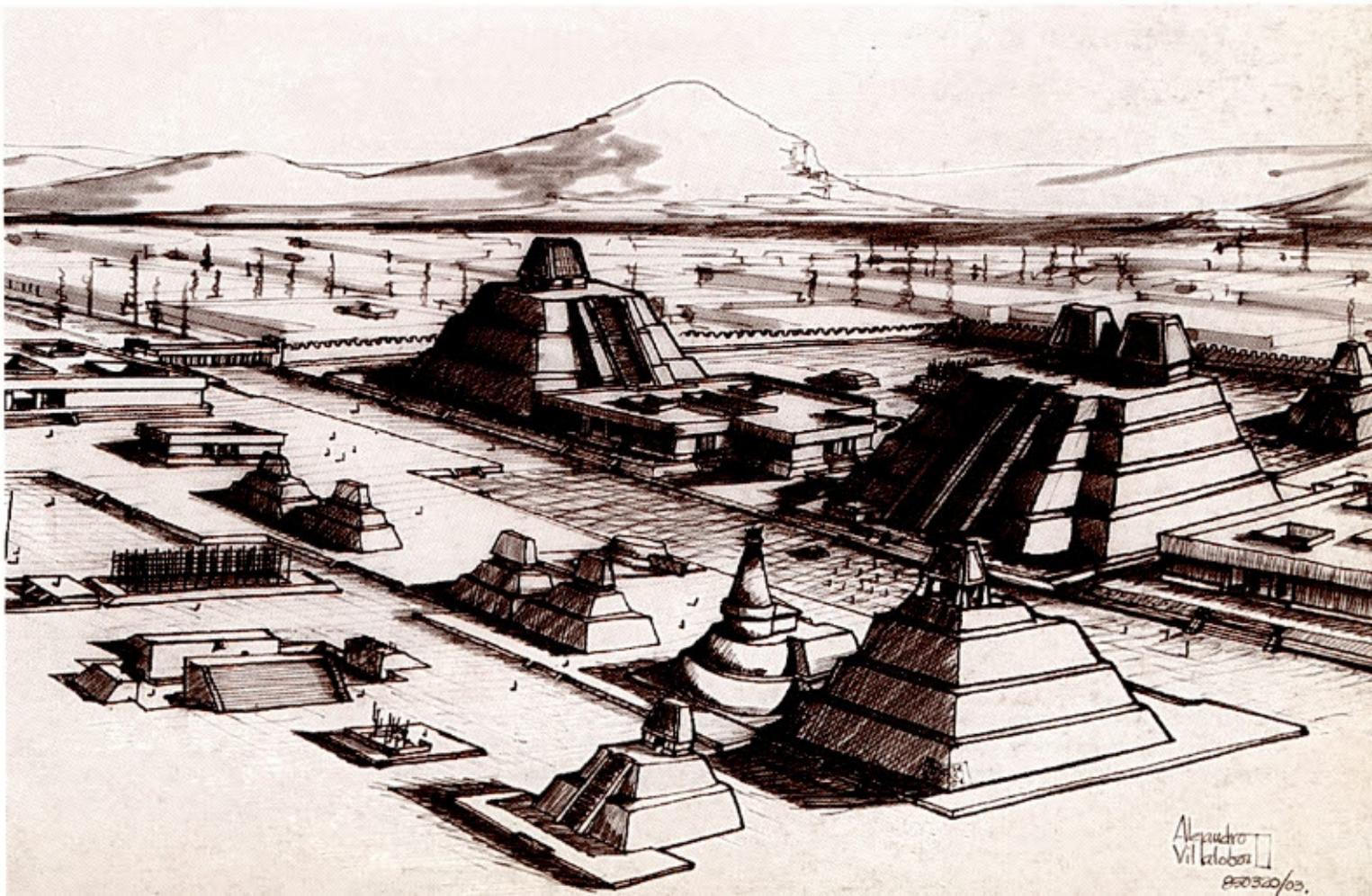
Desde la implantación de la ciudad española sobre los escombros de la capital (a pesar de las descripciones y los planos transmitidos por los cronistas del siglo XVI), es difícil reconstruir este recinto sagrado. Conviene sin embargo, mencionar que entre las tentativas realizadas en este sentido, resalta la maqueta de Ignacio Marquina (hacia 1960), así como el plano elaborado en 1982, que cuenta con una serie de nuevas aportaciones gracias a los trabajos llevados a cabo en los últimos años, en el centro de la ciudad, así como por las excavaciones del Templo Mayor. ☉



Templo de Tezcatlipoca desde el poniente del Recinto Sagrado de México (maqueta).

(*) Título original: "Cités Précolombiennes et Acropoles Artificielles", publicado en la Revista Urbanisme No. 222 de noviembre de 1987, en París, Francia. Traducción, ilustraciones y notas de Alejandro Villalobos con la colaboración de Ignacio Coeto, Roberto Magdaleno, Javier Martínez y Laure Samama de la Universidad de París, Belleville, UP8.

Hipótesis de reconstitución del Recinto Sagrado de Tenochtitlán, desde el suroeste; según Alejandro Villalobos.



Alejandro Villalobos
02/30/03